

# LA DEMOCRACIA

Diario político, literario y de noticias.

## PRECIOS DE ANUNCIOS

En tercera plana, 5 céntimos de peseta línea.—En cuarta plana, 3 id.—En los anuncios de mucha extensión ó por largos plazos, se harán proporcionales descuentos.  
Reclamos y comunicados á precios convencionales.

LA CORRESPONDENCIA DEBERÁ DIRIGIRSE Á LA DIRECCIÓN

DIRECTOR: ENRIQUE SOMS Y CASTELÍN

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN

PLAZUELA DE LA REINA, NÚM. 2.

## PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En SALAMANCA, un mes, 1.25 pesetas.—En PROVINCIAS, 1.50 id.—En el EXTRANJERO, 2 id.—Pago adelantado.  
Número suelto, 5 céntimos.—Idem atrasado, 10 id.

INSÉRTENSE Ó NO LOS ARTÍCULOS, NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES

## IMPORTANTE

Será considerado como suscriptor todo el que reciba nuestro periódico y no lo devuelva á las oficinas de esta administración.

Tenemos el sentimiento de comunicar á nuestros lectores y á todos los que se interesan por la salud de nuestro querido compañero Sr. Castillo, que en el día de ayer se agravó algún tanto su estado, según pudimos observar al verle y por las manifestaciones hechas por su médico particular D. Ricardo Díez, que al reconocerle, dijo existía ligera conmoción cerebral, é hiperemia en la base del pulmón izquierdo, con ligero movimiento febril.

## VIVIR PREVENIDOS

Las noticias sanitarias que de diferentes puntos de Europa se reciben distan mucho de ser satisfactorias y tranquilizadoras. Mientras el cólera está dando fatales muestras de existencia en París y sus alrededores, las noticias de Rusia revelan que en aquel país la propia enfermedad está causando estragos. Para que la amenaza sea completa, un telegrama nos dió á conocer hace pocos días los temores que se abrigan de que la epidemia asiática invada el mar Negro, en cuyo caso correría inminente peligro la salud pública en cuantos puntos baña el Mediterráneo. Añádase á todo esto la alteración que la salud parece haber sufrido en la mercantil ciudad de Marsella, lo cual ha dado pie á que mientras unos dicen oficialmente que se trata de una epidemia tífica, otros afirman que se trata de la cólerica que empieza á

sembrar la alarma en París y sus suburbios.

Todo esto significa que la nación española está amenazada de una invasión cólerica.

Como de costumbre, cada vez que de la salud pública se trata, se apela ahora al infame sistema de ocultar la verdad y de subordinar á mezquinos intereses materiales otro interés más elevado y que debe estar por encima de todo, cual es la salud pública.

Ya dicen los telegramas que por el representante de Francia en Madrid se hacen vivas gestiones para que en España renuncie á defenderse contra la invasión del huésped del Ganges, ya dicen también, lo cual no deja de ser bochornoso, que el Gobierno español, tan activo cuando se trata de aumentar tarifas de ferro-carriles y de realizar empréstitos, se muestra perplejo y vacilante ante el deber que las circunstancias le imponen de emprender enérgica y decisiva campaña sanitaria.

Presentimos que en estos momentos, ante las noticias que del extranjero llegan toda la prensa sin distinción de matices, dirigirá su enérgica voz á las autoridades excitándolas á que se preocupen del peligro que amenaza y á que sin contemplación de ningún género, sin vacilaciones de ninguna especie, tomen cuando menos las medidas sanitarias parecidas á las que en circunstancias análogas se han tomado en los países vecinos cuando en ellos se ha creído que del nuestro podía importárseles la epidemia cólerica.

Pero si interesa que se tomen medidas sanitarias generales para impedir á todo trance que se altere la salud pública en España, también importa, como formando parte de esa serie de medidas, y por lo que á Salamanca atañe, que estén muy sobre aviso nuestras juntas de Sanidad, así la Provincial como la Municipal, y nuestras autoridades todas.

Durante las últimas epidemias cólericas, sobre todo en la de 1885, la energía y el celo de un alcalde de Barcelona, que por cierto se vió perfectamente secundado por todo el mundo, demostraron

hasta la evidencia que la higiene llevada al rigor y que las medidas sanitarias aplicadas hasta el extremo, son poco menos que un firme valladar al desarrollo de la epidemia cólerica. En prueba de lo que decimos no hay más que comparar la estadística demográfica de aquella capital durante el último cólera con las estadísticas de otras épocas igualmente azarosas.

Si en 1885, á pesar del aumento de población que en aquella ciudad se había notado, no ocurrieron por causa del cólera el número de invasiones y defunciones que se registraron durante el cólera de 20 años antes, ¿cómo puede atribuirse tan satisfactorio resultado á otra causa más que á las acertadas y enérgicas medidas sanitarias que aquel año se tomaron?

Pero aún hay más, pues aún recordamos otro dato que reviste grandísimo interés por cuya razón deben tenerlo muy presente nuestras autoridades, y muy especialmente el señor Alcalde. Cuando hace pocos años el cólera se cebó en Valencia, el señor Coll y Pujol, otro alcalde de Barcelona, constituyóse en un celoso campeón de la salud pública, y gracias á su celo constante, á su actividad inagotable, á su firmeza de carácter, á su energía á toda prueba y sobre todo, gracias á su fe en la ciencia, pudo impedir, logró impedir que el cólera, que tantos estragos estaba haciendo en la ciudad del Turia, tomara carta de naturaleza en la capital del principado. En aquella ocasión pudo decirse en todos los tonos que en la ciudad de Barcelona, merced á un alcalde entendido y celoso, la higiene obtuvo un señalado triunfo sobre el cólera.

Todo esto nos induce á dirigirnos muy especialmente á las autoridades y á las Juntas sanitarias que aquí tenemos. Es necesario estar ojo avizor, es indispensable velar por la salud pública, y sobre todo hay que aprestarse á subsanar las deficiencias y los errores en que pueden incurrir nuestros gobernantes.

La salud pública en nuestra ciudad es la normal, como puede verse por las estadísticas demográficas que diariamente publica la prensa. Velen, pues, por ella,

cuantos tienen obligación de hacerlo, y estén seguros de que en tan levantada empresa han de poder contar con el apoyo del vecindario.

## ¡Saludémosle!

Y bien, Sr. Veira, ¿creía usted que la redacción de LA DEMOCRACIA que siempre ha pecado de prudente, no había alguna vez de cantar de plano, en vista de que usted lo deseaba con sus groserías é insultos? Se equivocaba.

Esta vez, le salió á usted muy mal la cuenta; esta vez, ha quedado usted retratado como hombre político, como periodista y como valiente; físicamente, tiene usted trazas de matón *sui generis*, pero sólo físicamente.

El público imparcial, que ya conocía al Sr. Veira, ha concluido de formar su juicio crítico acerca del republicano cuya honradez política estaba por las nubes, y tiene también su concepto con la hazaña del lunes, acerca del hombre noble y de corazón.

A usted, Sr. Veira, que le han estorbado siempre, los políticos desinteresados que forman parte del partido republicano; á usted, Sr. Veira que ha tenido por lema en su lucha por la república, «trabajar sin precio», á usted Sr. Veira, se le ha caído ya la máscara política y aparece el concejal, el hombre público con todos sus engaños, con toda su nobleza.

La cubierta que revestía al gusano, se le ha desprendido; y, en vez del hombre de corazón, ha aparecido hombre del estómago; en vez del hombre de corazón ha aparecido el que no se atreve á acometer solo y de frente á un joven y se vale de compañía para maltratar traicioneramente, para pegar por la espalda, después de desarmarle del bastón, única defensa que tenía el señor Castillo.

¡Orguloso debe usted estar de su obra! Demuestra usted bien, que sirve para la Revolución, señor Veira; ¡es usted un

ro cambiando de tono. ¿Quién? ¿iría acaso á aumentar el número de vuestros esclavos? No señora. Aunque fuese capaz de amaros, lavergüenza me impediría el declararoslo.

—Por lo que se ve, sabéis muy bien ocultar lo que sentís.

—Perfectísimamente, contestó Alvarado. Cuando quiero, sé tomar la vista y el lenguaje del amante mas amartelado. Por ejemplo, si quisiera hacer os una declaración amorosa, os diría:

—Adorable Cintia, no es por galantería y por llenar los deberes que el saio me impone que os declaro que vuestras miradas han rendido por completo mi corazón, desde el primer momento: únicamente es para descubrir os mis sentimientos ya que hoy puedo dároslos á conocer sin sublevaros contra mi temeridad.

—¿Y esto no es más que un engaño? interrumpió la dama con precipitación; no me digáis más, Alvarado. Entreveo, vuestra finura. Fingís ser insensible á la belleza de las damas, lisonjeándoos de que por este

ceda al mio porque, añadió enterneciéndose, ¿podéis dejar de conmoveros con mis penas después que, aprovechándome de la libertad que me da el baile de máscaras para hablar de amor os exponga el estado deplorable á que me habeis reducido? Si, bella Cintia, mi corazón está abrasado en ardiente fuego hacia vos.

Al acabar de pronunciar estas palabras le besó la mano con entusiasmo.

—Alvarado, le dijo entonces la dama, rechazándole suavemente, os dementís; os espresais de una manera y en unos términos que me hacen creer que verdaderamente me amais, aunque acaso creais no amarme. Ya, por lo visto, no os acordais de que os he dicho que pagaré vuestros suspiros con desprecios y rigores.

—Vos sois señora, contestó, don Andrés, la que os olvidais de que estamos en una piñata. Cuanto he dicho es un engaño.

—Cómo, replicó la dama, ¿y no sentís lo que acabais de decir?

—Presérveme el cielo, contestó el caballe-

para inflamaros. Prevenios pues y estad persuadido que podeis esperar os todo, continuando de la manera que habeis seguido hasta ahora.

—Adios, continuó, voy á juntarme con mi ama; volved á esta casa á eso de las seis, tal vez tenga que contar os algo de nuevo.

En efecto, Alvaro fué allí á la hora señalada y volvió á encontrar á la sirvienta que le dijo:

—Tomad todas las precauciones, pues mi ama se propone atacar os con sus armas más fuertes; como ahora estamos en Carnaval, quiere dar mañana una piñata en la cual se procurará que los dos lleveis las cintas del mismo color; se promete encantar os con las tiernas miradas que os prodigará. Defendeos de esta sirena, que no tiene otro objeto al enamoraros que, despreciaros á sois tan tonto que os desmintais.

Defendeos de vos mismo, pues creo que transportado de júbilo y lleno de amor os hagais traición.

—No, no, querida Laura, desechad esa





